

El efecto de la globalización
sobre el español

Claudia Amengual

El efecto de la globalización sobre el español

Si tuviera que decir cuál fue el gran cambio del siglo XX, hablaría de la evolución meteórica de las comunicaciones en sus más diversas formas. Si existe voluntad de que así sea, lo que sucede en Australia puede saberse en Finlandia en pocos minutos y abrir el abanico de la opinión pública que tomará posición a favor o en contra cada vez con mayor velocidad. La información, cuando es veraz, se constituye en una herramienta indispensable de la libertad. Sabido tenemos de sobra que uno de los primeros pasos de las dictaduras es el control de los medios y, con ellos, de la información.

En este sentido, el idioma es fundamental en la construcción paciente, laboriosa y cotidiana que los hombres debemos hacer de ese bien preciado, la libertad, sin el cual poco o nada podemos desarrollar nuestro potencial. Por extensión, el idioma puede convertirse en una manifestación de dominio ejercida sutilmente por los que han comprendido que el auténtico poder, el perdurable, el que somete sin que el sometido ofrezca demasiada resistencia, quizá porque no acaba de darse cuenta de que está siendo manipulado, está en el conocimiento. Y el conocimiento no puede prescindir del lenguaje para su trasmisión.

Ahora bien; la primera pregunta que nos introduce en el tema de esta ponencia es si existe una cosmovisión derivada del lenguaje. No descubro nada si afirmo que, efectivamente, hay una forma particular de percibir la realidad a través de los ojos de la lengua. Este fenómeno, que los alemanes llamaron *Weltanschauung*, puede simplificarse en aquella máxima que dice: "En este mundo traidor nada es verdad ni mentira; todo es según el color del cristal con que se mira". Pues la lengua es un cristal a través del cual percibimos la realidad. Las palabras, su musicalidad, las frases y su entonación, todo actúa como un disparador de conceptos, un complejo proceso de asociaciones que constituye el pensamiento. Así pues, palabras aparentemente obvias como perro, árbol, casa, amor, familia, podrán pasar de una lengua a otra por los procedimientos de la traducción, pero lo que no se logrará producir en su totalidad es la reacción en cadena que cada palabra inicia, incluyendo olores, sonidos, sabores, recuerdos.

Me pregunto si es importante velar por la preservación de nuestro idioma a la luz de este concepto de cosmovisión. Creo que así es en cuanto una cosmovisión no hace más que reafirmar las raíces y preservar la identidad de los pueblos, es decir, su origen, pasado y costumbres que son, finalmente, los pueblos en sí. Esta identidad que nos vuelve diferentes es un elemento esencial de la riqueza de la humanidad, la riqueza emanada de la diversidad.

Esto nos lleva a otro punto: para mantener esa identidad, ¿debemos permanecer herméticos a toda influencia exterior? Ésta es la gran pregunta que esta ponencia pretende dejar en la consideración de cada uno de ustedes y a ella volveremos más adelante.

Sin duda, los que estamos aquí tenemos una pasión común que es el español. Difícilmente a alguien se le pase por la cabeza dedicarse a traducir o a interpretar si antes no tiene una predilección por el manejo de su lengua madre; predilección

y muy buen dominio de la misma. En una época, creí que lo mío era el estudio del inglés y del francés, pero cuanto más me adentraba en ellos, más falta me hacían las referencias en mi lengua madre. A ella volví sólo para darme cuenta de que tenía un camino inacabable por andar en mi propio terreno antes de seguir penetrando otros. También descubrí que mis conocimientos en otros códigos de lengua me eran muy útiles para aprehender la mía. Ni qué decir que también sucede esto a la inversa. Una raíz común, una resonancia latina, una transparencia acústica, todo ayuda cuando de facilitar la comunicación se trata.

Digo esto porque no creo en el desarrollo aislado de las lenguas. No lo fue antes, mucho menos ahora que estamos, nos guste o no, inmersos en este polémico fenómeno intercultural llamado globalización. Entonces, nos detenemos frente a una bifurcación de caminos. Hacia un lado está la oposición radical a cualquier injerencia, penetración o contaminación del idioma español por otras lenguas. El camino opuesto es el del "todo vale", bienvenida sea cualquier influencia externa que incluso será recibida con aplausos y puesta en un sitio de privilegio sobre nuestra lengua. Hay un tercer camino que es el del equilibrio y la tolerancia; un camino con algunos riesgos, es cierto, pero un camino dinámico, enriquecedor, abierto a las transformaciones, a la entrada voluntaria de aquello que consideremos útil y necesario.

Cuando pienso en la posible contaminación del español por los efectos de la llamada globalización, el inglés viene naturalmente a la consideración. Es innegable su penetración en todos los rincones del globo, donde, bien o mal hablado, bastardeado o llevado a límites de exquisitez, británico o americano, cualquier extranjero puede hacerse entender diciendo *please, stop, thank you, bello* o incluso *Coke* y *McDonald's*. ¿Está mal esto? Creo que no. Me atrevo a decir que es buena cosa que haya una lengua que nos dé la tranquilidad de poder abrir ciertos canales de comunicación casi en cualquier parte. Hasta ahí no habría mayor inconveniente.

Pero, ¿qué sucede cuando una lengua penetra tanto otra que interfiere al punto de hacer que el hablante prefiera el término foráneo al propio? Si nos remitimos al concepto antes mencionado de cosmovisión, ¿podrá esta tendencia a usar cada vez más palabras en inglés alterar nuestra percepción de la realidad? ¿Terminaremos los hispanohablantes percibiendo, sintiendo y, por ende, actuando como sajones? Yo creo que hay una gran probabilidad de que así sea. En este sentido, aunque sea un proceso a largo plazo, los hispanohablantes debemos mantener una actitud alerta aunque no alarmista. Las alarmas, bien sabido es, nunca han servido más que para crear un pánico de corta duración y muchas veces han llevado a movimientos tan desgastadores como inútiles. La actitud alerta, en cambio, es una contemplación serena de los hechos, una valoración inteligente de los mismos y la consiguiente elaboración de estrategias productivas.

Somos casi cuatrocientos millones de hispanohablantes, un número lo suficientemente grande como para poder tomar decisiones y llevarlas adelante. Eso, claro, si actuamos en bloque, con conciencia de nuestra riqueza lingüística, privados de todo esnobismo que nos haga sentir que hablar mezclando palabras de otros códigos nos hace más importantes a los ojos de los demás. Somos, también, herederos

de una cultura, de un pasado con tradiciones. 'Carne' para un niño argentino o uruguayo debería producir primero en su pensamiento la imagen de un buen churrasco o el asado de los domingos en familia. Me temo que, cada vez más, cuando un niño, y por qué no, un adulto, oiga la palabra 'carne', lo primero que vendrá a su mente será una hamburguesa entre dos panes con sésamo. El problema, claro está, no es el churrasco o la hamburguesa. Sería poco pertinente discutir en este foro acerca de las virtudes y desventajas de cada uno. Lo que a mi juicio sí es para tener en cuenta es que detrás de cada una de esas palabras hay una cultura con valores, tradiciones y afectos que sería bueno preservar por aquello que ya dijimos: que en la diversidad está la riqueza".

Hay un aspecto que salta a la vista y es el del poder económico. Es obvio que donde haya más dinero habrá más desarrollo cultural, sobre todo porque poco puede dedicarse a consideraciones culturales quien no tiene satisfechas sus necesidades básicas. Es claro, pues, que será en los países angloparlantes, en especial los Estados Unidos, donde el desarrollo cultural, fundamentalmente el tecnológico, tendrá, como tiene, un auge por el momento insuperable.

En el lenguaje de la tecnología y la ciencia, los términos son insustituibles, es decir, cada significante tiene su significado y no otro pues este lenguaje no admite interpretaciones. Esto hace que, mayoritariamente, los términos vayan a adoptar la lengua en la que su aplicación haya sido desarrollada. En este sentido, el inglés lleva las de ganar y mucho más poderosa se vuelve su influencia cuando estos términos penetran en el habla común, es decir, no técnica.

La red de redes, Internet, es un claro ejemplo cuya creciente importancia en el desarrollo de las comunicaciones nadie puede negar. Los términos que nacen relacionados con la red de redes son casi siempre en inglés, más teniendo en cuenta que aproximadamente un 70% de sus usuarios es angloparlante. Ahora bien, ¿qué sucede cuando la red se expande hacia áreas hispanohablantes? Generalmente, se adopta el término inglés (que se lleva precariamente al español creando con esto una suerte de *ciberspanglish* o *ciberespanglés*) o se busca una traducción lo más fiel posible a un español correcto. Nobleza obliga decir que la empresa Microsoft ha puesto de manifiesto su consideración hacia los hispanohablantes. En primer lugar, pidió las disculpas del caso por su diccionario de sinónimos de Microsoft Word, en el que aparecían algunos sinónimos ofensivos en cuestiones de género, etnia o diversidad sexual. En segundo lugar, el propio Bill Gates mantuvo una reunión con autoridades de la Real Academia Española para solicitar asesoramiento en el diccionario en español para ser integrado a los productos Microsoft del mismo modo que ya existen manuales en español para el usuario.

Creo que es bueno adoptar una posición flexible y considerar cada caso por separado. No hay necesidad de decir *e-mail*, *delete*, *print* o *exit*, cuando en español tenemos los correspondientes *correo electrónico*, *borrar*, *imprimir* o *salir*, para nombrar sólo algunos. Seguramente, lo mejor aunque más trabajoso será la creación de glosarios en los que aparezca la forma inglesa, su traducción al español y la definición correspondiente.

Si nos enfrentamos a un término en inglés cuya precisión sea tal que debamos recurrir a una traducción tan larga o compleja que ya pase a ser una explicación, quizás estemos tentados a usar el término inglés. En ese caso, ¿por qué no españolizarlo o castellanizarlo e incorporarlo a la lengua como un neologismo? Acaso no es ése el procedimiento natural que han seguido tantas palabras que hoy usamos sin pensar dos veces si son o no español correcto cuando su origen estuvo en otras lenguas como el latín, el francés, el árabe o el griego. En este sentido, creo que los neologismos creados con seriedad, y solamente cuando haya que llenar un vacío, son una solución inteligente y armoniosa con el dinamismo natural de toda lengua.

No podemos finalizar esta ponencia sin mirar la otra cara de la Luna. En los Estados Unidos, el español irrumpe cada vez con mayor fuerza. En este momento, hay en dicho país aproximadamente 30 millones de hispanohablantes. El *spanglish* o *espanglés* es un cambio de código que surge de la posibilidad de ir del español al inglés libremente y viceversa, e incluso permitirse modificaciones que, a veces, lindan con lo grotesco. Finalmente, el usuario no habla ni en inglés ni en español. Es curioso que este nuevo código lingüístico tan polémico, que algunos llaman *adefesio* y otros defienden como una forma democrática de manifestación, este *espanglés* cuya muerte anunciada varios pronostican frente a quienes sostienen que será la lengua de las novelas en el futuro, este curioso engendro hijo de dos lenguas, produce pavor en ambos bandos. Por un lado, en los Estados Unidos se habla de un proceso creciente de hispanización de la sociedad. Por el otro, en los países hispanohablantes se observa con recelo un imperialismo cultural ejercido a través de lo que algunos ya llaman *Mc lengua*.

En uno y otro caso es poco aconsejable sucumbir a la tentación de hacer futurología cuando el material del que se dispone tiene una dinámica tan particular como la de la lengua. Como ya he dicho, lo más aconsejable, según mi criterio, es mantenerse en una actitud alerta, expectante, respetuosa pero en ningún momento estática.

Digo no a la paranoia que nos hace rechazar todo lo foráneo. Esta actitud inflexible está muy cerca del chovinismo y la xenofobia, y la humanidad ya ha sufrido bastante como para que nosotros, usuarios privilegiados de la lengua, sigamos atizando la hoguera de la intolerancia. Tomemos de afuera lo bueno, útil y necesario; adaptémoslo, démosle la bienvenida para luego imprimirle nuestro color particular.

Quizá lo mejor sea propiciar un crecimiento controlado de nuestra lengua con una ventana abierta para la innovación. No existe libertad cuando se nos manipula intelectualmente para promover una nueva cosmovisión acorde a los intereses del poder de turno. Tampoco existe libertad cuando la lengua más poderosa se impone de tal manera que altera no sólo la forma de hablar de los más débiles sino también la forma de pensar, de sentir y de soñar. Pero sí existe libertad cuando, valiéndonos de nuestro criterio, orgullosos de nuestra lengua y seguros de su enorme potencial, la abrimos voluntariamente a las transformaciones y le permitimos acompañar el ritmo del mundo. Después de todo, la única forma de sobrevivir al cambio parece ser acompañarlo inteligentemente y adaptarse con dignidad a las circunstancias.